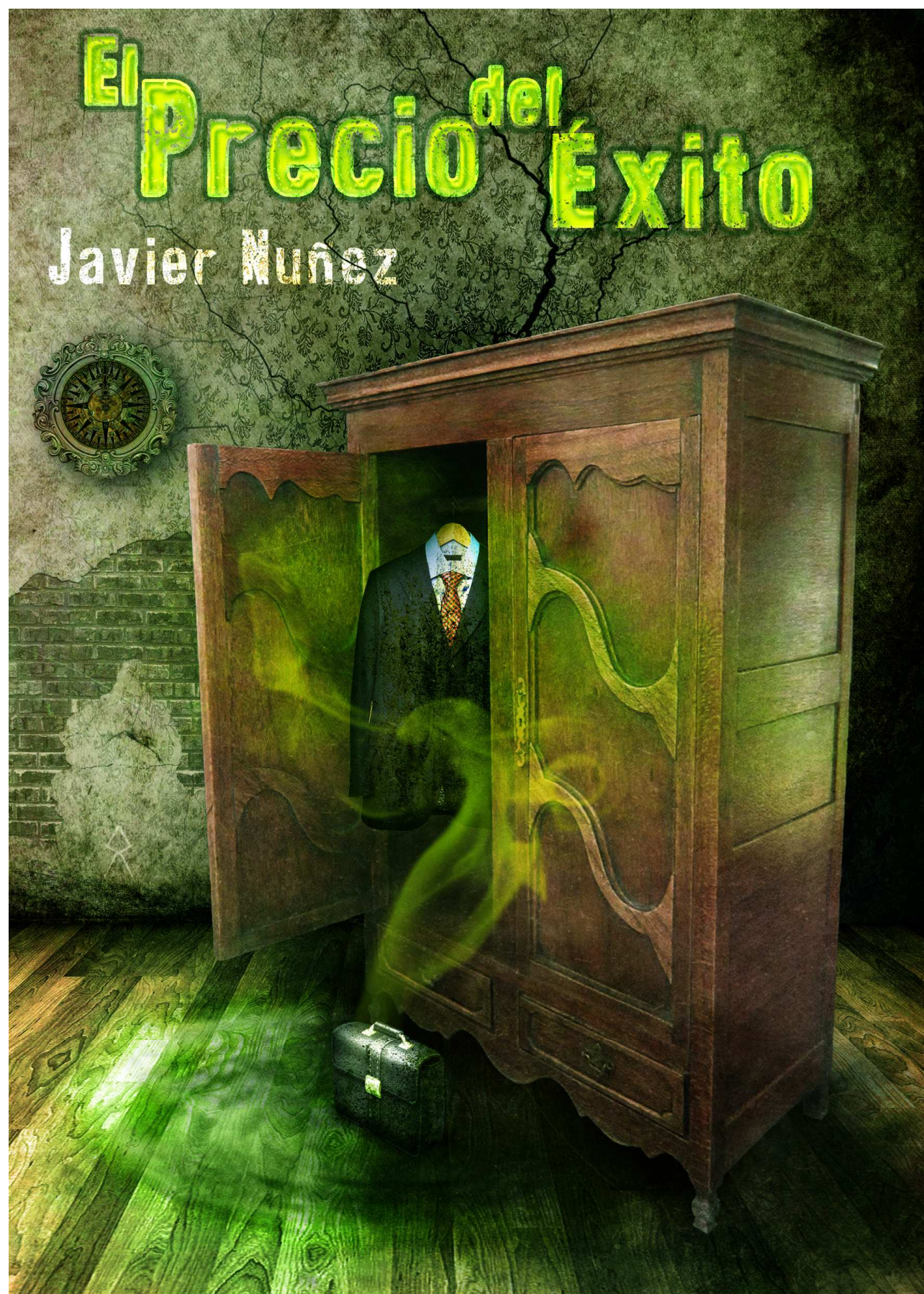




Portada realizada por Carlos Rodón.

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS-2014

1.

La sonrisa de Vicente apareció durante su descenso de las escaleras y fue expandiéndose gradualmente a medida que se aproximaba al vestíbulo, con los tacones de madera de sus zapatos de piel de cocodrilo repicando en los peldaños de reluciente mármol. Para cuando lo alcanzó, un arco de perfectos dientes blancos refulgía a la luz del sol entre sus labios sonrosados y carnosos. Aquel era un día estupendo para él y no tenía intención de guardar el secreto. Imaginó que la satisfacción que sentía en aquel momento debía parecerse mucho a la de los emperadores romanos cada vez que sus ejércitos conquistaban nuevas fronteras, ampliando su poder en el mundo. A fin de cuentas, acababa de vencer a cuantos adversarios se había topado por el camino. La sensación de que nadie era capaz de doblegarle le resultaba casi tan excitante como el tacto de una mujer.

A su derecha, en el interior de una enorme mesa circular, hueca en su parte central, uno de los recepcionistas del edificio clasificaba el correo metódicamente mientras su compañero atendía las llamadas telefónicas y las desviaba al departamento correspondiente. A Vicente le pareció que se comportaban de una manera bastante altiva para ser unos simples secretarios, sin un gran sueldo ni prometedoras expectativas de futuro. El hecho de vestir con traje y corbata debía subirles el autoestima, aunque parecía escapárseles que eso sólo era una consecuencia del entorno de trabajo en el que se movían. Si en *I.D.F.A.* la norma pasara por ir en camisa y vaqueros, aquellos pobres imbéciles no tendrían otro remedio que imitarles. Y, sin embargo, allí estaban, sintiéndose los amos del mundo en su pequeña celda cilíndrica.

—¿Hay algo para mí? —les preguntó, sin dejar de caminar y alzando un poco la voz para hacerse oír a través del inmenso vestíbulo.

El que estaba al teléfono parecía demasiado atareado con la persona del otro lado para prestarle atención, pero el que clasificaba el correo alzó la vista, lo miró con desdén y volvió a bajarla. Aquello podría haber ofendido a Vicente, pero no lo hizo porque nunca había malgastado un solo gramo de saliva en mostrarse simpático con ellos; ni se paraba —como algunos de sus compañeros— para contarles el último chiste verde de su repertorio. Él no perdía el tiempo con *campesinos*. Aquellos pobres diablos nunca estarían en disposición, por más empeño que pusiesen, de arruinarle su buen humor.

El suyo era un trabajo difícil. Uno no podía cantar victoria antes de tiempo. Pero, al final, siempre se notaba la diferencia entre los buenos y los *fuera de serie*, y él era uno de los mejores de estos últimos. Todos lo sabían, aunque la envidia les impidiera reconocerlo. Porque uno podía jugar y ganar a menudo, desde luego. No era algo demasiado complicado si conocías los secretos y sabías adelantarte a los acontecimientos. Para algunos eso era suficiente y no trataban de ir más allá, pero él nunca se sentía saciado. Su padre siempre decía que si uno contaba con la inteligencia para erigirse sobre los demás, ¿por qué conformarse con confundirse entre la mayoría? Aquella última operación bursatil había sido una jugada maestra. No sólo le había servido para hacer ganar mucho dinero a una parte de su cartera de clientes sino que lo había hecho apostando contracorriente, conservando el equilibrio donde el terreno era escarpado y resbaladizo y la mayoría tendían a caer de culo o

partirse la cara. A él no le asustaba *jugar* con los ahorros de otros. Siempre se sentía seguro de lo que hacía y de cuál era el momento adecuado para mover pieza. Le seducía la idea de tirar los dados con una sogá alrededor de su cuello.

—¡Lárgate! ¡No quiero verte más por aquí! —le voceó el vigilante de seguridad apostado junto a la puerta cuando llegó a su altura.

Vicente lo miró y le dedicó una sonrisa divertida. El tipo era un mastodonte de pectorales inmensos y casi dos metros de altura, una cabeza rasurada suspendida sobre un cuello de toro y unos bíceps descomunales que amenazaban con hacer saltar las costuras de la camisa en cualquier momento. Nunca se había interesado por su nombre ni intercambiado nada más allá de unos buenos días con él, pero alguien debía haberle contado su hazaña de ese día porque Vicente distinguió un matiz irónico en su voz. El hecho de que su rostro pareciera contraído en una intensa expresión de ferocidad sólo era la prueba de lo bien que podría haberse ganado la vida como actor.

—Que tengas una buena tarde, bribón —se despidió Vicente, formando una pistola con el pulgar y el índice de su mano libre y apuntándole con ella.

Mientras abandonaba el edificio se preguntó cuánto ganaría por pasarse diez horas al día allí de pie, viendo entrar y salir a hombres con trajes de seiscientos euros y cortes de pelo de setenta que hablaban de comprarse un Porsche Cayenne o de viajar a alguna isla tropical en marzo. Pero no tardó en pasar página y olvidarse del asunto. Cada uno tenía lo que se merecía. Y si, a lo largo de su vida, ese hombre sólo había sabido sacar rendimiento a su fuerza bruta era única y exclusivamente problema suyo. Le hubiera gustado ver su reacción al decirle que acababa de hacer ganar doscientos mil euros a un cliente en una jugada magistral de solo seis días de duración y que, de ese dinero, el ocho por ciento era suyo.

Pero ya había entrado en la puerta giratoria y no iba a molestarse en volver sobre sus pasos.

En la calle, el sol había evolucionado a lo largo de la mañana hasta convertirse en un radiante disco luminoso. El cielo estaba despejado y azul, y la brisa cálida que soplaba era agradable y lo bastante suave como para no despeinarle.

¿Acaso Dios había cogido ese día, lo había metido en una caja y le había puesto un gran lazo, dedicado expresamente a él? Le pareció que tenía toda la pinta. A fin de cuentas, cualquiera habría estado de acuerdo en que lo tenía bien merecido.

Los rayos de luz se reflejaban en los escaparates de las tiendas, haciéndolos destellar como láminas de diamante, y las largas baldosas de piedra pulida podrían haber sido confundidas con cristal sucio. Vicente echó un vistazo en torno a sí, deteniéndose en los detalles: las espigadas farolas llenas de anuncios de trabajo, las personas yendo de un lado para otro con la vista clavada al frente, los vehículos avanzando a trompicones por la calzada, atrapados entre las líneas blancas que delimitaban los carriles... Vio todas aquellas cosas por separado y luego subsumidas en el conjunto. Cada una de ellas ocupando su pequeña porción de universo, sin más pretensiones que seguir apareciendo en la siguiente fotografía mental, una micromilésima de segundo después, a través de los ojos de otro.

Devolvió la vista al frente y se fijó en una mujer que se acercaba a él, empujando un carrito de paseo. Vicente echó un ojeada al niño. Nunca había pensando en tener hijos -lo de Inma había sido idea de María y él no se había opuesto-. No es que le desagradaran ni nada por el estilo. Suponía que cualquier día sentiría esa particular llamada de la naturaleza: el momento en que antepusiera su vida privada a la profesional. Pero eso todavía no había ocurrido. Había muchas zorritas cazafortunas pululando por ahí con las que quería acostarse antes de asentar la cabeza de una vez por todas. Otra de las cosas que decía su padre era que en la vida había tiempo *tanto para un roto como para un descosido*.

El niño le miró con sus luminosos ojos verdes y Vicente se preguntó qué estaría viendo en él. Quizá una parte prematuramente despierta, a un nivel profundamente primitivo, se lamentara de que él no fuera su padre. Vicente lo creyó posible. Decían que los niños tenían una percepción especial –que al crecer desaparecía- para ver las auras. Le hizo un mohín, pero el niño no reaccionó de ningún modo en particular. Se limitaba a contemplarlo como si lo considerara un elemento digno de estudio.

Cuando estaban casi a su altura, Vicente alzó la vista hacia la mujer. No era bonita. Poseía una belleza llana, esquiva, y al examinar sus ojos se sorprendió al detectar algo parecido al resentimiento. Un vistazo general le bastó para comprobar que estaba muy delgada. Vestía ropa común, de la que podías encontrar en cualquier tienda de barrio. Probablemente su marido era un trabajador no cualificado, que se pasaba demasiadas horas fuera de casa y ganaba un sueldo mísero con el que apenas tenían para pagar el alquiler y comer, y el hecho de que Vicente pareciera disfrutar de la vida en su más absoluta plenitud le llevara a lamentar lo injusto que era el mundo.

¿Sabes cuántas comidas decentes podría darle a mi hijo con lo que vale tu puto traje?, le pareció que podía estar pensando.

Pero la crueldad intrínseca en esa pregunta no hizo tambalear en lo más mínimo su estado de ánimo. Era demasiado feliz como para que una estúpida madre y su desafortunado hijo le arruinaran el día. Cada uno obtenía lo que merecía, por lo que luchaba. Si ella y su familia sólo habían podido aspirar a ser soldados mientras que él y los que eran como él estaban destinados a guiar a todo un ejército no era su jodido problema.

Porque, en su opinión, la inmensa mayoría de la gente sólo formaba parte del relleno de la raza humana. Eran los tipos como él los que conformaban la delicada y elegante textura de la superficie, como un cojín bordado en hilo de oro, y no le quitaba el sueño pensar cuántos de ellos habrían caído en la ruina para que sus clientes siguieran viendo crecer sus fortunas.

Para Vicente, aquello carecía de connotaciones morales. Tan solo era una forma como cualquier otra de matar el tiempo mientras vaciaba los intestinos o –como en aquel momento- se dirigía al parking donde tenía aparcado su Jaguar.

I.D.F.A. le necesitaba.

Lo demostraba en cada operación que llevaba a cabo, en cada nueva exitosa inversión que clausuraba en el momento adecuado. Se estaba convirtiendo en un icono, en el jodido paradigma de *I.D.F.A.* y de los *brokers* de todo el país. Más temprano que tarde, los dueños

de la firma tendrían que rendirse a la evidencia y premiarle como era debido, convirtiéndolo en socio de pleno derecho. Sabían que las ofertas desde la competencia no tardarían en empezar a lloverle y no querrían tenerlo como enemigo. No les quedaría más remedio que ofrecerle ese puesto en la dirección. Y, algún día, *I.D.F.A.* sería suya. Algún día se haría con las riendas de aquella asesoría de inversiones y su poder sería casi ilimitado.

Calculaba que aquello no tardaría más de diez años en suceder; puede que incluso menos.

Mientras pensaba en ello, el teléfono móvil comenzó a vibrarle en el bolsillo. Vicente se cambió el portafolios de piel de la mano derecha a la izquierda y lo rescató de las profundidades de su chaqueta. Echó un vistazo a la pantalla, que se había iluminado. El nombre *Irene* parpadeaba en vibrantes letras blancas.

Esbozó una media sonrisa que le estiró la comisura derecha en un rictus de mordacidad. La gracia estribaba en que era la tercera vez en una semana que lo llamaba. Empezaba a pensar que Irene estaba enamorándose de él, una idea que resultaba divertida en sí misma. Porque él nunca les daba pie a ello. Nunca les permitía zambullirse demasiado en su vida y, sin embargo, muchas de ellas terminaban sufriendo cuando las arrancaba de su lado, con las uñas astilladas y llenas de sangre por la resistencia que ofrecían al soltarse. Irene sólo era otra más de una larga lista de mujeres, que había seguido engordando después de conocerla a ella.

Pulsó el botón de descolgar y se llevó el móvil a la oreja.

—Hola, nena —la saludó.

—Hola —respondió ella, dejando escapar el aire por la boca en lo que parecía una sonrisa aliviada —. ¿Dónde estás?

—En la calle. Acabo de salir de la asesoría —manifestó Vicente.

Irene había quedado atrás para él, como una peladura de naranja que hubiera arrojado entre sus pies mientras seguía caminando. Ella no significaba nada, ni lo había hecho con anterioridad. Pero eso no quería decir que no estuviera dispuesto a hacerle el amor una última vez, si ella accedía. Después de eso, no volvería a cogerle el teléfono.

—Ah, estupendo —dijo ella —. ¿Qué tal te ha ido el día?

¿Por qué se interesaba por eso? ¿Qué le importaba su vida? Cuando se conocieron habían acordado que su relación sería puramente sexual. Follaban, se vestían y luego cada uno abandonaba el hotel en una dirección diferente. Pero, en fin... Tampoco es que tuviera nada mejor que hacer. Si quería hablar un poco antes de entrar en barrena la satisfaría.

—Bien. Ha sido uno de los buenos. He hecho ganar mucho dinero a bastante gente de un modo que nadie creía que fuera posible —. Hizo una pausa y pensó un instante en la frase que colgaba de la punta de su lengua. Se preguntó si no sonaría demasiado pedante, y decidió que únicamente estaba adelantándole lo inevitable: —Creo que no tardaré en tener el mundo a mis pies, nena.

—Eso es estupendo, Vicente. Me alegro mucho que tengas tanto que celebrar —alabó ella.

—Soy el mejor en mi trabajo —prosiguió Vicente, sin molestarse en mostrarse humilde—. Podría decirte que he tenido suerte, pero estaría mintiéndote. Me adelanté a la fluctuación de la bolsa y gané, aún cuando todos pensaban que llevaría al suicidio a mis clientes.

—¿Has ganado mucho dinero con esta última operación? —se interesó Irene.

—Bastante. Aunque no el suficiente como para hacer que deje de seguir queriendo más. ¿Desde dónde llamas?

Irene era azafata de vuelos internacionales, y a veces lo telefoneaba desde los destinos en los que se encontraba. En los dos meses que hacía que se conocían le había telefoneado desde lugares como Nápoles (mientras contemplaba el ceñudo Vesubio desde su ventana), Ginebra o Caracas. Cada vez que se veían, ella se empeñaba en enseñarle las fotos que había hecho de las ciudades que visitaba.

—Desde casa. Estaré en la ciudad hasta el jueves. Esa tarde me marchó a Buenos Aires.

Vicente se dijo que, para encontrarse en la ciudad, estaba comportándose de manera un tanto esquiva. En ocasiones anteriores ya se habría dejado de cháchara insustancial y preguntado dónde y cuándo podían verse. Lo pasaban bien juntos. Ella siempre obtenía lo que quería, gimiéndole al oído como si estuviera a punto de desmayarse de placer, y él disfrutaba demostrándose a sí mismo la fuente inagotable de virilidad que era. Pensó que quizá estaba jugando al gato y al ratón y decidió cortar por lo sano. Bajo sus bóxer Armani, la polla le palpitaba como el corazón de un montañero a punto de hacer cima en el Everest.

—¿Te apetece que nos veamos? Había pensado en sentarme en una terraza a tomarme algo. Estaría bien hacerlo con un poco de compañía —le sugirió.

—No creo que sea una buena idea —rebatía Irene. A este lado del satélite, Vicente frunció el ceño—. De hecho, creo que lo mejor será que tú borres mi número y yo el tuyo.

Vicente esperó a que siguiera hablando, pero Irene no añadió nada más. Aquel súbito rechazo lo dejó frío y tardó un instante en reaccionar. Nunca antes había sido abandonado por una mujer. Ellas no rompían las relaciones; era él quien les explicaba que ya no sentía atracción por ellas y les ponía fin. Así era como funcionaban las cosas. Y no importaba que ya le hubiera encontrado una sustituta. Se trataba de una cuestión de orgullo: Irene jamás sería lo bastante mujer para rechazar a un tipo como él.

—¿De qué estás hablando? ¿Por qué no?

Consiguió que su voz sonara más modulada de lo creía que sería capaz, aunque no creyó que a Irene se le escapase el matiz de furia que ribeteaba cada sílaba.

Al otro lado del satélite, ella suspiró como si no le gustara nada tener que ir justificándose.

—He estado pensando en tu mujer y tu hija. En lo que te necesitan y en cómo ambas confían en ti. Me gusta estar contigo, Vicente. Me gusta mucho. Pero no quiero ser la causa de tu ruptura con ellas. No podría soportarlo —expuso antes de pararse a tomar una bocanada de aire. Vicente no aprovechó aquella interrupción para intentar convencerla de lo contrario. Estaba demasiado estupefacto para hablar. Al cabo, Irene añadió: —Todo habría sido más fácil si nunca me hubieras enseñado la foto de Inma. Ahora no puedo quitármela de la cabeza. No puedo dejar de pensar en que no se merece que le arrebaten a su padre.

—Aquí nadie está arrebatando a nadie —le rebatió Vicente.

—En cierto modo, sí. Le estoy privando del padre que ella conoce. Cada vez que estás conmigo y luego regresas a casa, lo hago. Ese Vicente no es su papaíto sino un hombre mutilado, que no está completamente entregado a hacerla feliz.

Pero, ¿se puede saber de qué cojones hablas?, pensó en decir Vicente, pero se contuvo.

Mientras caminaba, con el teléfono pegado a la oreja, atento a la conversación más extraña de su vida adulta, era consciente de que la gente se apartaba de él. Se aproximaban por la acera y, poco antes de que se los cruzara, todos daban un par de pasos hacia la calzada al tiempo que le dedicaban una mirada ceñuda. Incluso después de rebasarlo, Vicente sentía los ojos de aquellas personas clavándose en su nuca como miras de francotirador. Pensó que, a veces, los perdedores tendían a apartarse del éxito como si oliera a excrementos. Era la envidia lo que los movía a ello. Su brillo les recordaba lo triste y macilenta que eran sus existencias.

¡Pobres imbéciles! ¡Podían irse todos al infierno!

—No metas a Inma en esto. Yo le proporciono todo lo que necesita, tanto si me acuesto contigo como si no. Es una niña feliz. Nunca se duerme sin que antes le haya dado un beso de buenas noches —arguyó Vicente—. Si pensabas que esa excusa te...

¿Por qué discutía con ella? ¿Por qué se resistía tan fervientemente a que lo dejara? Irene era alta y tenía un cuerpo espectacular. Le gustaba cómo los pechos le bamboleaban sobre la cabeza cuando lo cabalgaba, arqueando la espalda hacia atrás y gimiendo como la perra que era cuando alcanzaba el clímax. Pero su tiempo había pasado. Tania, esa modista gótica a la que había conocido en un bar el viernes anterior, era su nueva conquista. Sus curvas no eran tan acentuadas como las de Irene pero el contraste de su pelo negro con la palidez enfermiza de su rostro, en el que centelleaban la nada despreciable cifra de seis piercing, le habían atraído del mismo irresistible modo. Dos horas después, en la habitación de un hotel cercano, tenía pintalabios rojo por toda su cara y su menudo cuerpo, bañado en champán, le recordaba al de esa muñeca que le había comprado a su hija por Navidad...

—No me importa lo que digas, Vicente. No conseguirás convencerme —cortó, tajante, Irene—. He tomado una decisión y es inamovible. La única razón por la que te he llamado es para decirte esto y para despedirme.

La gente seguía apartándose de él como si fuera un perro atestado de pulgas. Quizá aquella llamada de Irene estuviera alterándolo más de lo que creía. Cuando un chico de unos diecisiete años con una camiseta de Pearl Jam se desvió de su camino innecesariamente,

Vicente deseó gritarle que bastaba con echarle un vistazo a su aspecto para adivinar que sería un jodido fracasado toda su vida. Pero estaba demasiado furioso. En su lugar, echó un vistazo a su propio reflejo en el amplio escaparate de una tienda de electrodomésticos.

—¿Has oído lo que acabo de decirte, Vicente? No quiero que vuelvas a llamarme. Lo digo en serio —le advirtió Irene.

Púdrete, escupió una voz en la cabeza de Vicente.

Gozaba de una figura atlética envidiable, con los hombros fuertes y el pecho desarrollado de un leñador. El traje de firma le caía como un guante, sin el más mínimo asomo de protuberancia a la altura del estómago. Y, cuando se lo quitaba, las mujeres quedaban boquiabiertas al contemplar los vibrantes músculos de sus piernas. Tan fuertes que era capaz de sostenerlas en vilo, con las manos afianzadas en la base de sus nalgas, haciendo que volvieran a sentirse como cuando eran pequeñas y se cansaban de caminar y le pedían a su padre que las llevara en brazos.

—¿Vicente? —lo llamó Irene.

—Que te vaya bien —la despidió, saliendo de su ensueño—. Y borra mi número. Te di una oportunidad. No habrá una segunda.

A continuación, se apartó el móvil de la oreja, pulsó el botón de finalizar llamada y lo devolvió al bolsillo de la americana. Sintió que poco a poco volvía a recobrar la calma, se cambió el portafolios de mano y se deleitó con la agradable sensación de triunfo que aleteaba en su cabeza. Porque Irene había tratado de ser ella quien rompiera lo que había entre ellos. De hecho, había tenido la sartén por el mango durante la mayor parte de la conversación. Pero fue él quien había dicho la última palabra, arrebatándole la victoria en el último instante, como una canasta desde media pista en un reñido partido de baloncesto.

Divisó un bar con terraza más adelante y pensó que se merecía una copa. Hablar con esa estúpida le había secado la boca.

Eran casi las doce y media, y la brisa cálida que soplaba a rachas inducía a la gente a hacer un alto en su ajetreo diario para relajarse tomándose una cerveza o un refresco con hielo. El bar se llamaba Amazonas y la mayor parte de sus mesas se encontraban ocupadas por personas enfrascadas en animadas charlas. Vicente retiró la silla de una de las que quedaban libres, se sentó y depositó el maletín en el suelo, cerca de su pierna derecha. Luego extrajo el teléfono del bolsillo y lo dejó sobre la mesa, como era su costumbre. Los camareros todavía no habían retirado los vasos vacíos de los últimos clientes, y Vicente esperó pacientemente a que uno de ellos fuera a hacerlo. Entretanto, alargó la mano, cogió unos cuantos frutos secos de los que quedaban en el cesto de mimbre, se los metió en la boca y comenzó a masticarlos. Hacer aquello no le causó ningún escrúpulo. Tenía hambre y se limitaba a aplacarla. La gente se comportaba de un modo demasiado remilgado con esa clase de cosas. ¿Qué pensaban que habían hecho con ellos quienes los habían dejado allí, antes de pagar y marcharse? ¿Metérselos por la nariz?

No podía creer la cantidad de idiotas de que estaba rodeado.

En verdad, era algo inaudito.

Esperó durante un tiempo que consideró prudencial pero, en vista de que ningún camarero se le acercaba, decidió arreglárselas por su cuenta. Todos ellos parecían muy atareados yendo de una mesa a otra cobrando consumiciones, devolviendo el cambio y sirviendo a nuevos clientes —que habían llegado después que él—, pero no se molestó por ello. No es que estuviera acostumbrado a que lo ignoraran, uno nunca se acostumbraba a algo así, pero sabía que a todo ese atajo de fracasados con pajarita les fastidiaba tener que atender a alguien como él, cuyo éxito relumbraba como una joya bruñida. Demorarse en llevarle una copa era lo máximo que tipos como ellos estaban en disposición de hacer para aligerar su rabia. Con lo que no contaban era con que se enfrentaban a un hombre de recursos. Un hombre que sabía cómo protegerse y devolverles el golpe.

Cogió uno de los vasos de tubo sucios de la mesa, apuró los restos de cerveza que había en el fondo e introdujo la mano derecha bajo la chaqueta. Palpó la parte interior de la misma hasta que encontró lo que andaba buscando y lo extrajo.

La petaca de plata, con sus iniciales grabadas en los laterales, destelló a la luz del sol con un fulgor cegador.

Mientras le desenroscaba el tapón notó que de pronto le temblaba la mano, pero lo achacó al placer inconmensurable de un trago después de engrosar su cuenta bancaria con varios miles de euros en apenas unos días. Los dedos le resbalaron varias veces antes de conseguir hacerlo, como si lo hubiera apretado demasiado la última vez que la usó. Una vez hecho, el aroma dulzón y portentoso del whisky asaltó su nariz con una violenta vaharada, y Vicente pensó que era tan bueno que mareaba.

¡Coño, si mareaba! ¡Como que uno debía cerrar los ojos y respirar hondo varias veces antes de volver a enfocar la vista!

Cuando volvió a abrirlos todavía sentía los pulmones un poco pesados y la cabeza revuelta, pero apretó los dientes para terminar de vencer la sensación. Luego tomó el vaso de tubo con cierta dificultad, como si una mano invisible lo estuviera cambiando de sitio continuamente, y comenzó a verter el contenido de la petaca en él. Casi al instante, una pálida nube amarillenta comenzó a elevarse y tuvo que echar la cabeza hacia atrás para evitarla.

—¿Quién mierda se habrá creído que es para mentar a mi mujer y a mi hija? —murmuró, sin importarle que los demás clientes del Amazonas le oyeran hablar solo—. Inma tiene todo lo que podría desear. Yo me encargo de eso. Y respecto a María... Que le pregunten si está necesitada de vida marital. Te dirá que no puede quitárseme de encima ni a sol ni a sombra. ¡Mala puta! ¡Pues para que lo sepas, mi nueva zorra, con pendientes y todo, es mucho mejor de lo que tú podrías llegar a ser jamás! ¡A su lado eres más estrecha que una monja con cinturón de castidad!

Tras decir esto, soltó la petaca sobre la mesa y cogió el vaso. Había vertido el whisky demasiado deprisa y, debido a ello, una gruesa capa de espuma amarillenta coronaba el licor. Maldijo una vez más a Irene por sus intentos de estropearle un día que prometía ser perfecto.

Pero no lo conseguiría.

No iba a permitírselo.

Cogió el resto de frutos secos que quedaban en el cuenco de mimbre, se los metió en la boca y luego alzó el vaso lleno de whisky por encima de su cabeza.

—Por todas las perras que he ido abandonando por el camino —brindó.

A continuación, se lo acercó a los labios y lo apuró de un trago.

Mientras el líquido todavía descendía por su garganta, Vicente sintió cómo la carne comenzaba a bullirle. El whisky era fuerte, temperamental y estaba desagradablemente amargo, como si le hubiera entrado aire mientras maceraba o algo por el estilo. Con una mueca de asco, retiró la silla para comenzar a incorporarse. Decidió que regresaría a casa por sorpresa para comer con María e Inma y luego las llevaría de compras al centro comercial y las invitaría a cenar. Una celebración al más puro estilo familiar, sin azafatas presuntuosas ni modistas de aspecto cadavérico. Solo él, su mujer y su hija.

Sin embargo, esa idea pronto quedó desplazada por una oleada de náuseas y retortijones que le hicieron llevarse las manos al estómago. Se clavó los dedos en el estómago, tratando de contenerlo, pero el dolor era resbaladizo como un pez y una y otra vez conseguía zafarse de su abrazo.

Vicente abrió la boca, en un esfuerzo por exhalar un quejido, pero sus pulmones no respondieron. Además, la garganta había empezado a arderle como si alguien hubiera encendido una antorcha allí dentro.

De pronto advirtió algo y abrió desmesuradamente los ojos.

El cielo había desaparecido de su vista... junto con todo lo demás.

Estaba ciego.

Rodeado por un inconmensurable manto negro.

Al mismo tiempo, las fuerzas lo abandonaron, como escurriéndose a través de sus poros, y poco a poco su cuerpo fue adquiriendo rigidez.

Resbaló de la silla y cayó al suelo, golpeándose la cabeza contra este y abriéndose una herida de varios centímetros justo encima de la oreja derecha.

2.

El aullido de las sirenas creció en intensidad a medida que la ambulancia se aproximaba al lugar en el que un grupo de personas se arremolinaba en la acera. Intercambiaban observaciones y se hacían comentarios en voz baja mientras sus miradas inquietas lanzaban rápidos vistazos al hombre que yacía tendido en el suelo. Los ocupantes de la ambulancia reconocieron la escena. Siempre era igual, en todas partes, fueran donde fuesen. Como si se hallaran atrapados en un bucle temporal que los levantaba cada mañana de la cama y, tras

lavarse la cara y desayunar, los sumiera en un *deja vu* constante de accidentes, agresiones, fracturas e infartos a corazones que no volvían a latir.

El puente de luces de un coche de policía, que había llegado apenas un minuto antes giraba frenéticamente, arrojaba destellos azules por toda la calle, señalizando el lugar de alguna clase de urgencia. Cuando los sanitarios bajaron de la cabina de la ambulancia ignoraron a un anciano octogenario, que trataba de ser útil sacudiendo su bastón en el aire para mostrarles el camino hasta Vicente, y empezaron a sacar material médico de la parte posterior de esta. Para cuando lo hubieron reunido todo, los dos agentes habían conseguido abrirles un carril de paso entre el gentío. El primero de los tres en llegar hasta Vicente se arrodilló y comenzó rápidamente a examinarlo. Sus dos compañeros, uno cargado con una enorme mochila reflectante y otro con una bala de oxígeno, se reunieron con él pocos segundos después, y los tres se pusieron manos a la obra para tratar de salvarle la vida.

Vicente convulsionaba y soltaba espumarajos blancuzcos por la boca, como un animal rabioso. Tenía los ojos abiertos pero su mirada estaba vacía, perdida en algún plano interior, fuera del alcance de cualquiera que pretendiera acceder a él. Los sanitarios le desgarraron las astrosas ropas que vestía para descubrirle el pecho, y empezaron a intercambiarse información, trabajando de manera sincronizada. Entre tanto mantenía a raya a los curiosos, el más joven de los agentes escuchó una conversación que tenía lugar cerca de él, entre un camarero del bar en cuya terraza Vicente había tomado asiento y un cliente. El primero le decía al segundo que él estaba muy ocupado yendo de un lado para otro y no sabía bien qué le había ocurrido para que, de pronto, yaciera en el suelo, con la silla volcada a su lado y rodeado por varias personas que pedían auxilio a gritos. También que Vicente era un vagabundo de la zona que solía andar pidiendo monedas a los transeúntes. A su jefe no le gustaba que merodeara cerca de la terraza pese a ser inofensivo. Espantaba a la clientela, decía, y tenían órdenes de echarlo si lo veían por allí. Algo que tenía pensado hacer en cuanto dispusiera de un momento libre.

El agente tomó nota mental de esto, diciéndose que más tarde se entrevistaría con él, justo en el momento en que entre los sanitarios se tomó la decisión de que Vicente precisaba ser trasladado al hospital. Sin pérdida de tiempo, uno de ellos se incorporó y corrió a la ambulancia a por la camilla. Cuando se marcharon, con el vagabundo en la parte de atrás y las sirenas a todo trapo, el agente se acercó al camarero y le interrogó en relación a lo que había oído.

—A veces hablaba solo —dijo este—. Debía padecer alguna enfermedad psiquiátrica. Eso seguro. Aunque no sé de qué tipo. Pero nunca oí que tuviera problemas con nadie, si es eso lo que me está preguntando.

El agente asintió y le formuló la siguiente pregunta.

—He escuchado que decían que lo habían visto discutiendo por un movil roto mientras venía hacia aquí—. Echó un vistazo a su alrededor, como tratando de localizar a su autor, pero al no verlo prosiguió con su relato: —Debió encontrarlo tirado en alguna parte y se lo quedó. Ya sabe cómo es esta gente.

El agente más joven vio a su compañero junto a la mesa que había ocupado Vicente, examinando cuidadosamente sus pertenencias.

—¿Sabe qué decía en esa discusión? —inquirió el policía.

—No.

Le dio las gracias al camarero y se acercó a su compañero. El móvil estaba sobre la mesa. Era poco más que una carcasa vieja y rallada de un modelo tan antiguo que podría haberlo encontrado rebuscando en la papelería de cualquier parque. El hecho de que estuviera apagado y careciera de batería bastaba para corroborar la declaración del camarero.

El agente más veterano se agachó para recoger la bolsa de basura que había a sus pies, la abrió y descubrió que estaba llena de ropa apretujada y sucia. Cuando el agente más joven estiró el brazo para coger la botella de plástico que había sobre la mesa, entre un pequeño revoltijo de tubos de cerveza, su compañero dejó lo que estaba haciendo y se lo impidió, aferrándolo por la muñeca.

—Ni se te ocurra. A menos que quieras acabar con un dolor de cabeza como el mío —le advirtió.

—¿Por qué? ¿Qué es? —quiso saber.

—Lejía —contestó el veterano, con una inconfundible nota funesta en la voz.

FIN

****Gracias por leer este relato. Si quieres, puedes dejar tu opinión sobre él o cualquiera de los otros en Facebook, Twitter o el blog del que te lo has descargado****

****También puedes hacerte seguidor del blog en el apartado INICIO y enterarte de todos los relatos que vaya colgando en el futuro****